

V. Blasco Ibáñez  
El resorte  
(*El Pueblo*, 25-4-1900; *El Motín*, 5-5-1900)

¿Quién ha dicho que España es un pueblo muerto? ¿Quién ha osado suponer que en este país no quedan energía y pasión y que semejantes a nuestros abuelos los moros bereberes, contemplamos indiferentes nuestra miseria?

Aún hay patria, digan lo que quieran los pesimistas que suponen a España en la agonía. Todavía es este el pueblo valeroso, ciego ante el peligro, dispuesto siempre a la heroicidad; y para convencerse de ello basta seguir atentamente los hechos de su vida.

El pasado domingo en la plaza de toros de Barcelona el respetable público, por cuestión de si el último toro había de ser de la ganadería tal o cual, tiró los bancos al presidente y se arrojó a la plaza para saludar a los toreros con palos y bofetadas.

¿Queda o no queda sangre en el país de Numancia, Sagunto, Lepanto, Bailén, etc., etc.? (Aquí toda la retahíla de nombres con los cuales se nos hizo creer en las escuelas que España es el mejor país del mundo.)

Tal vez algunos de esos seres que gozan encontrando la parte censurable de todos los sucesos, digan que es un acto de salvajismo asistir a un espectáculo por el gusto de armar una bronca y que constituye una cobardía infame bajar al redondel varios centenares de hombres para abofetear a media docena de muchachos que están allí para ganarse el jornal con riesgo de la vida y vestidos de oro y seda apenas si pueden defenderse. Pero esta es la crítica de los que todo lo ven negro.

Los que tenemos fe en el porvenir de este gran pueblo, que amaestrado durante cinco siglos por los reyes y los frailes es el que más vale de Europa y cuenta con mejores recomendaciones cerca de Dios, saludamos el sublime arranque de los taurófilos de Barcelona como a principio de la regeneración. Hemos podido caer, pero nos levantamos: ya sale el nuevo sol. Por fin surge el espíritu de protesta para bien de todos.

Perdimos la cuarta parte del territorio nacional y ocho millones de compatriotas para que no se perjudicasen los intereses de una señora y un niño... y no pasó nada.

Se envió a la muerte, sin honra ni provecho a todo el rebaño obrero, mientras los de arriba, metidos en casa, cantaban la *Marcha de Cádiz* glorificando la guerra... y todos quietos.

Se hundieron cuantos barcos de verdad teníamos sobre el mar en inútil y vergonzosa catástrofe preparada por el gobierno monárquico «para acabar más pronto»... y tan frescos.

Después de la derrota se recargaron escandalosamente los tributos para seguir manteniendo a todos los parásitos autores de aquella... y aquí no ha pasado nada.

Ni los partidos políticos, ni las clases contribuyentes, ni nadie hemos echado el pecho afuera para protestar. Nada nos duele; todo está bien; vivimos en el mejor de los mundos.

Pero ¡ira de Dios!, eso que en el ruedo de una plaza de toros, como quien dice en el altar mayor de la gran iglesia nacional, se suelten bichos de Ripamilán en vez de Otaola es un absurdo insufrible que ningún buen español puede tolerar con calma.

Que los extranjeros dicen que somos el país más ignorante de Europa... ¡bueno!, ¿y qué?... cuanto más brutos más felices. Que consentimos las mismas instituciones autoras de nuestras desdichas después de haber chillado mucho contra ellas a raíz del desastre... ¿y qué tenemos con eso? No vamos a estar gritando a todas horas y haciéndonos mala sangre. Que pagamos cuanto nos pide el Gobierno después de tantas ligas, uniones y pactos para no pagar... Todo se andará: si no es en este trimestre será en el que viene, pues hasta el día del Juicio hay tiempo para reñir.

Pero, ¡Cristo!, eso de que falsifiquen nuestra gran fiesta nacional, la escuela del valor y la guapeza española merece una revolución.

Pase que se falsifique la ciencia en las universidades y que las escuelas sirvan para producir brutos adulterados por el abecedario; pero no se puede consentir que decaiga esa gran institución mediante la cual (según han dicho muchos escritores y oradores de la clase de patriotas), el pueblo español, familiarizándose con la vista de la sangre y los mondongos e insultando a los lidiadores, conserva su valor nativo y sin rival: verdad indiscutible que ha quedado probada una vez más con nuestras recientes victorias.

Cada pueblo es como es; en otros sitios se mueve la gente por vagos ideales, por «romanticismo», como dicen muchos: aquí el único resorte que nos pone en pie es el horror al sacrilegio.

Tenemos dos cultos nacionales y ¡ay de quien los toque! La menor alteración en una corrida hace crispas los puños, palidecer las mejillas, llamear los ojos y enarbolar los garrotes. La más leve economía en el presupuesto del clero haría que muchos miles de imbéciles que mueren de hambre sobre el terruño se lanzasen al monte para defender a trabucazos la olla del obispo y del canónigo que ellos no han de engullir.

Admiren otros pueblos a Inglaterra con sus grandes juguetes de vapor y sus habilidades de mercachifle o a Francia con sus grandes ferias universales. ¿Qué es eso? Humo, ruido molesto, sojería, nada.

Nosotros picamos más alto, y puestos a imitar a alguien, queremos ser como aquel grande imperio bizantino que se quedaba tan fresco cuando búlgaros y turcos le quitaban una provincia, pero enarbolaba el garrote como un héroe y teñía de sangre las calles de Constantinopla por si los «azules» trabajaban en el Hipódromo mejor que los «verdes» o por si en los altares debía o no haber imágenes de santos.